



Jordi Pujol,  
*cara y cruz de una leyenda*

RAMÓN PEDRÓS

editorial  
MILENIO

Jordi Pujol, que ha sido durante casi 25 años presidente de la Generalitat de Catalunya, sobresale entre el puñado de políticos que han configurado la España de la segunda mitad del siglo xx. Su fuerte personalidad —tan compleja y llena de matices muchas veces contradictorios— y su abigarrado cuerpo doctrinal e ideológico— en el que, de un modo muy particular, se funden nacionalismo catalán y pensamiento liberal con personalismo cristiano, europeísmo utópico y hasta con elementos propios del romanticismo alemán pero también de la épica y el mesianismo judíos—, son puestos al descubierto en esta obra al hilo de un sinfín de situaciones, anécdotas, peripecias y viajes narrados con una sorprendente mezcla de penetración y amenidad. Jordi Pujol, a la luz de los cambios producidos en Cataluña, ya es una leyenda viva, pero en ella cohabitan grandes espacios de claridad y amplias zonas oscuras. Son los pros y los contras de toda obra política y las facetas contrapuestas que brillan en todo personaje público. Criticado por unos a causa de su moderación o de su pragmatismo, y por otros a causa de un nacionalismo considerado excluyente, o por una estrategia de la ambigüedad y de la reivindicación permanente, Pujol ha abandonado la Presidencia de la Generalitat de Catalunya con grandes y casi unánimes elogios por su liderazgo catalán pero también por todos los méritos contraídos como hombre de Estado al servicio de la estabilidad política española y el proceso general.



Ramón Pedrós (Lleida, 1947), poeta, periodista y escritor fue profesor de historia de los sistemas filosóficos y de literatura española en la Universidad Complutense de Madrid, corresponsal del diario ABC y de TVE en Moscú, delegado de la Agencia EFE en Washington DC, Bruselas y Barcelona, jefe durante diez años del Gabinete de Medios de Comunicación de Jordi Pujol en la Presidencia del Gobierno autonómico catalán y posteriormente subdirector general del Grupo Recoletos en Cataluña. En la actualidad es director editorial de Metro News en España. Los tres libros más significativos de su obra poética están recogidos en el volumen *El álbum rojo* (Seuba Ediciones), que bastaría,

como ha indicado Pere Gimferrer, para consagrar a su autor como uno de los poetas más singulares y destacados de su generación. La publicación de sus dos títulos *La volta al món amb Jordi Pujol* y *Jordi Pujol a les Espanyes*, que sirven de base al presente volumen, fueron un éxito de ventas en Cataluña por la valentía, claridad y frescor narrativo con que el autor desentraña las claves humanas y políticas de Jordi Pujol.

RAMÓN PEDRÓS MARTÍ

**Jordi Pujol,**  
cara y cruz de una leyenda

editorial  
**MILENIO**

© Ramón Pedrós Martí, 2003  
© de la edición impresa: editorial Milenio, 2004  
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)  
editorial@edmilenio.com  
www.edmilenio.com  
Primera edición: enero de 2004  
DL L 6-2004  
ISBN: 84-9743-104-9  
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL  
Printed in Spain

© de la edición digital: Milenio Publicaciones, SL, 2013  
www.edmilenio.com  
Primera edición digital (epub): abril de 2013  
ISBN (epub): 978-84-9743-549-9  
Conversión digital: Arts Gràfiques Bobalà, SL  
www.bobala.cat

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <[www.cedro.org](http://www.cedro.org)>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

# ÍNDICE

## SINOPSIS Y BIOGRAFÍA DEL AUTOR

### I. EL CARISMA ANTE SU ESPEJO

Las aventuras de la ‘política exterior’  
Una personalidad contradictoria

### II. VIAJE A LAS ESPAÑAS

Las polémicas y los agravios  
Lecciones de pedagogía catalana  
Ruiz-Gallardón y el cambio de parejas  
Las citas secretas en Madrid  
La noche del ‘karaoke’  
Bienvenido a Lepe  
Pujol y Arzalluz en Zamudio

### III. LA VUELTA A EUROPA

Alemania: El modelo policial y protocolario  
Austria: La visita al horror nazi  
Bélgica: Una travesía por los pasillos de Europa  
Chequia y Eslovaquia: El bochorno por un artículo sobre política y moral  
Francia: Un presidente catalán en el Elíseo  
Hungría: La bronca al primer ministro  
Italia: Tocado por un rayo  
Portugal: El encaje de Cataluña en el pabellón de la Expo  
Rusia: La “Operación Yeltsin”

El Vaticano: La “marcha verde” hacia la plaza de San Pedro

#### IV. LA VUELTA AL MUNDO

Argentina y Chile: “Por este lado no me cogerán”

Brasil: La polémica por la seguridad y los gastos de la comitiva

China: El gigante a punto de despertar

Estados Unidos de America: El asalto a la Casa Blanca y un patinazo con Bush padre

Israel: La discusión sobre el holocausto

Japón: El amigo catalán en el Palacio Imperial

Marruecos: La invitación de Hassan II y el accidente

México: Una opción linda y querida (y ensimismada)

Quebec y Escocia: Los espejos distintos

## **PRIMERA PARTE. EL CARISMA ANTE SU ESPEJO**

Jordi Pujol ha sido uno de los políticos más importantes en la España del último tercio del siglo xx, pero también uno de los más controvertidos. En Cataluña, sus seis mandatos consecutivos como presidente de la Generalitat, desde 1980 a 2003, se han saldado con un balance de conjunto claramente positivo, que incluye un alto grado de reconocimiento popular a un dirigente que supo interpretar, dar cauce y liderar con astucia y maestría muchas de las aspiraciones y sentimientos de su pueblo. Por eso, el relevo de Pujol cierra un importante capítulo histórico. La Cataluña de hoy, según se mire, por evolución y por espíritu, nada tiene que ver con la Cataluña bullente y expectante que, en 1975, a la muerte de Franco, encaró la transición democrática con una mezcla de temor y excitación que acabaría resolviéndose en un largo episodio pactista haciendo gala de su tradicional pragmatismo negociador.

El progreso experimentado en ese salto cualitativo que nos lleva de un siglo a otro, aunque con limitaciones y carencias de peso, fue conducido en gran medida por Pujol. Haber liderado todo ese periodo, además, erradicando el fantasma de la violencia para no empantanar Cataluña en la secuela terrorista constituye un indiscutible mérito político. La paz y la convivencia han sido los valores que, para el propio Pujol, constituyen lo mejor de su mandato y de su legado y, en consecuencia, según admitiría Artur Mas pocos días antes de las elecciones, “el principal bien colectivo a preservar en Cataluña”. Como corolario, cuando Pujol se despedía no faltaron voces para subrayar la importancia de la estabilidad institucional disfrutada en Cataluña con el apoyo de la mayoría pujolista. “Lo primero



que necesita Cataluña —se apresuró a observar el veterano Carlos Sentís—, es mantener la estabilidad actual, que ha permitido una tan positiva etapa en lo económico y en lo social”.

Junto al progreso en general, en un brillante anaquel de su legado, merecen figurar los espectaculares éxitos estampados en la proyección internacional de Cataluña. Pero coronando la cúspide en su faceta como hombre de Estado, su mayor aportación quedará vinculada a la labor consagrada a garantizar la gobernabilidad en España, asegurando las diferentes mayorías de gobierno, tanto con Felipe González, en 1993, como con José María Aznar, en 1996, en momentos decisivos para afianzar la democracia española y al mismo tiempo facilitar el ingreso en la nueva Europa de la Unión y del euro.

Sin embargo, según se vuelva a mirar el caleidoscopio, pese a las poderosas mutaciones generadas a escala planetaria y en España en este cuarto de siglo, y pese a los grandes momentos en que dirigió las esclusas para modular las aguas de la política española, Pujol se ha retirado apelando al mismo discurso político, el mismo ideario, las mismas claves, los mismos objetivos, los mismos demonios, las mismas conjuras y la misma estrategia enarbolados día a día a lo largo de 25 años. Y esa contradicción, aunque el político se ufane por exhibirla como sinónimo de coherencia ideológica, también formará parte de su territorio de sombras, puesto que remueve su ideario en un mundo acelerado que hizo trizas todos los dogmas, ha derrumbado universos y barreras, y ha visto nacer valores y realidades nuevas que han hecho mudar desde las ideas nacionales hasta las estructuras familiares, estéticas, sociológicas y políticas.

Pujol termina su ciclo navegando aún por la línea imaginaria a la que aludía el título de mi libro *Jordi Pujol en las Españas (De Madrid al Trópico de Capricornio)*, o sea,

surcando una singladura fantástica hacia un supuesto horizonte de ensueño, ya que Cataluña, según su propia definición, y pese a las grandes ocasiones en que Pujol dispuso de una gran influencia y poder mientras contribuía a cimentar el Estado, se halla aún a mitad de camino de todo, incluido su proclamado e irresuelto “encaje en España”. En la columna negativa, además, por joven que sea una democracia, y por mucha dedicación que toda su familia y un largo entorno empresarial haya consagrado a Cataluña, irá creciendo mandato tras mandato la molesta sensación que producen algunas sombras chinescas al moverse en la tramoya que une la política al mundo de los negocios. Todo ese deslumbrante juego de luces y morbosos claroscuros se entreteje en torno a una compleja, rebuscada y poliédrica personalidad que resulta fascinante por la cadena de contradicciones con que se manifiesta.

Una de ellas, seguramente la que ha acuñado la efigie más discutida de Pujol, se basa en la triple personalidad que adquiere el político según muda la luz de su audiencia: como patriota catalán, presidente o líder de su pueblo, en un caso, asumirá con emoción el tono y las vibraciones de los grandes ideales, y será capaz de suscitar las más entusiastas adhesiones entre sus seguidores (pero que, cuando actúa fuera de Cataluña, toma el cuidado de traducir al servicio del Estado), y, sin embargo, como hombre de partido, desmenuzará la lógica grandiosa de una visión colectiva para magnificar su sectarismo personalista. De este modo, se convertirá en un implacable mago que divide al público y asigna papeles diversos a cada sector en una función para incondicionales de la que expulsa, uno tras otro, a todos sus adversarios.

Este Pujol fastuoso, que tiende a explotar hasta la saciedad el sentimiento de un pueblo muy emotivo, coincidió en una ocasión memorable con el Pujol más intransigente y sectario que descalificó de varios plumazos

al conjunto de las restantes fuerzas políticas catalanas. Pujol dejaba su testamento político en una conferencia con un expresivo título: “1975-2003”, con su heredero Artur Mas, naturalmente, en la primera fila del Palau de Congressos de Barcelona. Allí concitó el cielo de la unción patriótica para los suyos —la hora del mejor Pujol—, con el infierno de la expulsión y deshonor cívicas para sus adversarios —el Pujol más sectario—, de un modo tan furibundo y flamígero que hasta analistas tan próximos como Joan B. Culla le reprocharon haberle “fallado la ponderación y hasta quizá la compostura propia del cargo que aún ocupaba”.

Pujol se turbó en aquella tribuna, de la que se despedía de la presidencia y de su época, y, por segunda vez en su vida, la emoción lo traicionó y tuvo dificultades para contener las lágrimas que asomaban a sus ojos. Era el 23 de octubre de 2003 y el trance lo merecía y lo justificaba. Pero su fama de político adusto, cerebral y dominante, ha sido tan impositiva que un periodista razonable y deferente como Toni Soler, ante ese húmedo destello en los ojos, puso un escueto y elocuente título a su crónica: “Por fin.” Y no significaba que por fin se va, ni por fin se despide, ni por fin llega el relevo, sino sencillamente que por fin llora Pujol, traduciendo sus emociones con espontaneidad desde la tribuna en que se comportó como personaje durante 25 años. El periodista, que lo conoce bien, se sorprendía ante la inusual emotividad delatada en las facciones del más especulativo y afectado de los políticos: “Pues sí, señor, Pujol lloró al despedirse... Leyó sus dos últimos párrafos entre lágrimas, con serias dificultades para pronunciar las frases finales... Hay que alegrarse por él y por estos lagrimones tanto tiempo escondidos.”

Poco después de mi regreso a Barcelona, en 1988, tras haber deambulado muchos años como profesor de literatura en la Complutense de Madrid, y como

corresponsal de la agencia Efe, *ABC* y TVE en Moscú, Washington y Bruselas, me invitaron a asumir el gabinete de comunicación de Pujol. Me hizo la oferta un hombre que ya figura en la rebotica de la historia política catalana: Lluís Prenafeta. El primer secretario general de la Presidència —un hombre de frases cortas y estatura mínima, más bajo que el propio Pujol, con un desconcertante balanceo al andar—, ya se había convertido en el brazo derecho del presidente catalán y señoreaba por el Palau de la Generalitat extendiendo su dominio “a la sombra del poder” —tal como tituló años después sus memorias.

Prenafeta fue sincero conmigo y, antes de que yo aceptase, quiso prevenirme: “Aquí hay algún elemento particular a tener en cuenta”, dijo. Y se extendió en algunos prolegómenos sobre la personalidad y el estilo de trabajo de Pujol. El fiel secretario general quería saber hasta qué punto yo estaba dispuesto y reunía las condiciones para hacer el esfuerzo de adaptación que requería el estilo de la casa y el talante presidencial.

—Siempre he defendido el trabajo en equipo y tengo un carácter que se adapta con facilidad a la gente —repuse sin tratar de dar ninguna profundidad al comentario. Prenafeta lo notó. Pedía, sin expresarlo de un modo explícito, más convicción, aunque ya había notado mi fascinación por los aspectos tan contradictorios y tan magnificados en blanco y negro de Pujol.

—El presidente —dijo— es como aquel caballo de carreras que no tiene un buen estilo, no impresiona por su figura esbelta, tropieza y hasta parece que cojea cuando corre, y por eso no apostarías nunca por él a primera vista. Pero luego, a medida que avanza la carrera, compruebas que aguanta muy bien el ataque de todos sus rivales y, cuando el pelotón ha doblado la última vuelta, se coloca en cabeza, mantiene la ventaja hasta la meta... y gana.

Me pareció una buena imagen aunque, en aquel momento, supuse que Prenafeta forzaba algo la metáfora para buscar conmigo cierta complicidad de bienvenida. Entonces no pude ni imaginarme cuán cierta era la “cojera” de ese caballo torpón y desaliñado que ganaba mayorías absolutas dando un paseo al trote por los prados circundantes. Traté de hacerme cargo del mensaje y suscribí:

—Es un caballo ganador.

—Sí, es un líder nato, al que no le ha importado nunca ni su estilo, ni determinadas personas, ni algunas formalidades que la gente común atribuye al buen gusto o a la educación. Tendrás que ir aprendiendo todo eso, procesarlo y actuar en consecuencia. Tampoco se le puede entretener con cosas que no le interesan cuando lo veas concentrado en un pensamiento interior —insistió con forzada solemnidad.

Nunca le agradecí bastante a Prenafeta la confianza con que me habló desde aquel día y la ayuda que me anticipó para ir atando cabos y acopiar recursos para sobreponerme a las sesiones tan paradójicas del espectáculo que me aguardaba. Estuve casi once años con Pujol. Desde 1988 hasta finales de 1998. Prenafeta me asignaría dos maestros —Francesc Sanuy y Ramon Goicoechea— para instruirme durante varios meses en el difícil arte de introducir a un periodista profesional que llega del espacio exterior en el secreto, durísimo y arriesgado laberinto del Barri Gòtic de Barcelona, donde confluían la norma de la Administración Pública, los círculos de la Presidència de la Generalitat y el sistema Jordi Pujol i Soley.

Los primeros encontronazos no tardarían en llegar: un periodista en la órbita que circunda a un político siempre roza alguna tangente explosiva. Mi primer día de trabajo coincidí en el Pati dels Tarongers del Palau de la Generalitat con un *conseller* que era entonces un peso

pesado y hombre fuerte del gobierno. Al verme con unos teletipos de agencia en la mano, dejó caer con su cachaza natural, a modo de saludo, mesándose su testa senatorial y cana:

—¿Qué dicen hoy esos hijos de puta?

Comprendí de inmediato que no lo iba a tener fácil, porque ese insulto, aunque fuera dicho de broma, que no era el caso ni por asomo, traducía una actitud ante la prensa y reflejaba el concepto a la vez temeroso y hostil que se ha tenido del periodista en el entorno más cerrado de la política catalana. Por fortuna hay otros ámbitos. Pero ya en mi primer viaje a Brasil, en un hotel de Río de Janeiro, alguna virgen me revelaría, entre otras cosas, que las relaciones del Gobierno con la prensa respondían a características paranormales al contemplar cómo Lluís Prenafeta largaba una monumental bronca a Andreu Farràs, enviado especial de *El Periódico de Cataluña*, en mitad del *hall* y ante un nutrido público mediático que asistía atónito y encogido a la escena. El secretario guardián de la ortodoxia le reprochaba haber publicado aquel día una crónica de contenido crítico con el viaje.

Prenafeta se vio forzado a dimitir en 1990 por su cada vez más atrevida y ostentosa incursión pública en el mundo de los negocios. A su desaparición se sucedieron por Presidència hombres tan dispares como Joaquim Pujol, un primo del presidente, ingeniero, de salud delicada, capaz de creerse los piropos políticos de Alejo Vidal-Quadras; el impetuoso Joaquim Triadú, retirado ahora provisionalmente en los cuarteles de invierno de un prestigioso bufete de abogados; el poeta Carles Duarte, un espíritu idealista y sensible, y Xavier Trias, el pediatra que se afana por vestir la política con ropaje humano. De todos modos, hubo un antes y un después de Prenafeta en el entorno de Pujol. Refiriéndose a ello, el periodista José Antich, cuando puso título a la crónica sobre su relevo —“Sólo un Pujol podía

sustituir a Prenafeta”—, ya insinuaba una tendencia que no haría más que reforzarse en el futuro para blindar el círculo presidencial.

Pero a la marcha del poderoso albacea político de Pujol se produjo otro hecho de relieve: sacó pecho, forzando el disimulo, Carmen Alcoriza, para cubrir con guantes de seda algunos de los espacios que dejó vacíos el valido saliente y adueñarse de los engranajes que se soltaban en la transmisión de la cadena de mando. Carmen Alcoriza, secretaria de Pujol desde los remotos tiempos de Banca Catalana, ha trabajado con él cuarenta años, y aún continúan tras haber abandonado juntos el Palau de la Generalitat, pero su influencia no cesó de crecer pese a no haber contado siempre con la simpatía de Marta Ferrusola. El entorno familiar del presidente solía acusarla de sobrecargar la saturada agenda cotidiana de Pujol, cuando en realidad hasta el propio político reconoce las enormes dificultades que encuentra para priorizar y delegar, acosado por un sistema de trabajo acumulativo y desordenado, en cuya maraña suele encontrar a diario algún acto para posponer.

Pero, de hecho, la complicada relación entre Carmen y Marta Ferrusola se situaba en otro terreno mucho más resbaladizo. Su devota inclinación ante la gigantesca magnitud política de su jefe le hizo intuir que la única dificultad capaz de erosionarlo —ya que la oposición no pudo hacerlo en veinte años—, sólo podría surgir de su propio entorno familiar. Pujol siempre trató de serenarla mostrándose convencido de que sus hijos —tal como argüía su esposa con el peso de la lógica materna—, tenían todo el derecho del mundo a trabajar para las Conselleries de la Generalitat que quisieran y a presentarse directa o indirectamente —asesorando a terceros—, a los concursos públicos, ofertas, contratos, adquisiciones y privatizaciones del Gobierno. En definitiva, nadie consiguió probar nunca

ninguna ilegalidad flagrante, fuera del ámbito de la estética y de los porcentajes habituales, si no tomamos en cuenta una sesión iniciática de floreteo parlamentario entre caballeros de familias conocidas y buena reputación.

En algún subsegmento de la Generalitat molestaba la proximidad y la compenetración del presidente con su jefa de gabinete —la única persona que entraba en el despacho de Pujol sin necesidad de llamar a la puerta—, por lo que pudo acopiar una gran capacidad de influencia y poder. Bajo el paraguas del jefe, y sin necesidad de ocupar una silla en el Govern autonómico, con sólo invocar su nombre, ha sido sin duda la mujer que más ha mandado en Cataluña en los últimos veinte años. El magnetismo, la experiencia, el temple y el sentido común de Carmen Alcoriza fueron a veces el único antídoto contra la reacción airada y la precipitación en el entorno presidencial. Yo he visto cómo Pujol cambiaba una decisión improvisada, rectificaba sobre la marcha o atemperaba una orden sólo recorriendo los quince metros de la Sala Verge de Montserrat que conducían de su despacho a la mesa de su antigua secretaria. Las dos personas que han influido más en Pujol —no intelectual ni doctrinalmente, sino en la toma y la ejecución de decisiones, y con estilos y modalidades muy diferentes—, han sido su mujer, Marta Ferrusola, y Carmen Alcoriza, la secretaria de su marido que ella tanto fustigó.

En un viaje de Pujol a la isla indonesia de Irian Jaya, invitado por Mario Caprile, presidente de la constructora Huarte, luego condenado por desvío de fondos en la mayor suspensión de pagos de la historia empresarial española, Marta Ferrusola y Carmen Alcoriza exhibieron su hostilidad incluso en la trivial escena de una excursión para visitar una tribu de indios yali. Al llegar al poblado, la esposa no paraba de disparar su cámara fotográfica mientras evolucionaban en torno nuestro aquellos nativos con su pene enfundado en el *koteka* de calabaza. Carmen,



distraída, se interpuso entre el objetivo de Ferrusola y algunos guerreros blandiendo sus lanzas. Ésta la increpó con un tono áspero:

—¿Quiere hacer el favor de quitarse de en medio? ¿O es que piensa quedarse aquí toda la tarde?

—Perdone, creí que salíamos todos en la foto —se excusó la jefa de gabinete señalando al grupo.

—¡Apártese de una vez! ¡Usted no me interesa nada! —zanjó Ferrusola.

Con los años, mediada la sexta legislatura de Pujol, a toda esa larga procesión de personajes que desfilaron por el Palau del Barri Gòtic de Barcelona se incorporó Artur Mas, cuando Pujol y su familia adjudicaron finalmente la papeleta al sucesor. El presidente había modificado sustancialmente sus ideas sobre el asunto de la sucesión. Cuando decidió incorporar a Triadú entre las jóvenes promesas que debían disputarse su herencia, Pujol se tomó la molestia de darme una serie de explicaciones, al entender que su designación venía a solapar parte de mis atribuciones. En el regreso de un viaje a Madrid, me pidió que me sentara a su lado —contraviniendo de este modo la costumbre de dejar vacante aquel asiento, si no le acompañaba su esposa, para consagrarse a la meditación, trabajar sobre la mesita abatible o poder extraer y manosear con comodidad los papeles de su maletín. Insistió largo tiempo en que “colocaba” con toda premeditación a Triadú en Presidència para darle una oportunidad de “situarse cara al futuro”, y fue muy explícito al reflexionar sobre los motivos que le inducían a ello: aparte la amistad con su padre, el pedagogo y crítico literario Joan Triadú, el presidente veía en el joven —quien ya le había rechazado en el pasado la Conselleria d’Educació por motivos éticos, ya que su familia se dedicaba a la enseñanza—, a una personalidad fuerte y eficiente, de marcado carácter moral e ideológico, con capacidad de organización, gestión y

vocación de servicio, aunque admitía que estaba tocado aún por un lastre de impaciencia y una excesiva brusquedad de formas que denotaban cierta inmadurez. Todo ello hacía de Triadú, según Pujol, un “diamante en bruto” que debía tener la oportunidad de pulirse en Presidència para poder sentarse un día a la mesa en que se jugase su sucesión.

Por eso no era sorprendente que lo nombrase *conseller* de Presidència, en febrero del 2000, para sustituir a Xavier Trias cuando éste fue enviado al Congreso de Diputados de Madrid. Sin embargo, Triadú no mantenía unas relaciones demasiado fluidas con la familia. Ni con Joaquim Pujol, cuando el primo del presidente fue su superior como secretario general, ni con Oriol Pujol, cuando el quinto hijo fue incorporado a Presidència como director general y “adjunto” a su padre, ni con ninguno de los tres vástagos restantes afiliados al llamado “sector de los negocios” — alguno de los cuales se hizo notar con fuerza en uno de los episodios finales de su paso por Presidència: la sonora privatización del Centre de Telecomunicacions de la Generalitat, que dependía de Triadú. Joaquim Pujol fue situado al frente de Tradia, filial de Husa, que obtuvo por adjudicación directa la unidad de infraestructuras de telecomunicaciones, mientras que Uni-2, filial de France-Télécom, se hizo con Catalana de Telecomunicacions, bautizada después Al-Pi, en una operación asesorada por Europraxis, la consultora fundada en 1994 por Josep Pujol Ferrusola, el tercer hijo del presidente.

Tan sólo unos meses después de aquel episodio, el entorno de Pujol acabaría por decidir que la alternativa para dar continuidad al pujolismo debía recaer en otra joven figura del gobierno: Artur Mas, elegido secretario general de Convergència Democràtica de Catalunya a finales de aquel año. El nuevo hombre fuerte de la situación, que había destacado como contrincante opositor de Pasqual

Maragall en el Ayuntamiento de Barcelona, procedía de aquel “tridente” —junto con Josep Piqué y Anna Birulés, dos futuros ministros de Aznar—, que brilló entre las promesas del pujolismo desde mediados los años ochenta. Artur Mas fue pionero en la programación de una estrategia para la captación de inversiones mediante la organización de seminarios económicos en el extranjero burlando las restricciones impuestas por el Gobierno de Madrid en la actuación exterior de las autonomías. Llegada su hora de gloria, y buen conocedor de los intereses empresariales del entorno —llegó a dirigir, entre intervalos en el Gobierno, la fallida empresa Tipel de curtidos de pieles del grupo Prenafeta—, desplazó en un huracanado santiamén de la dirección del partido a Pere Esteve y de Presidència al propio Triadú. A Pujol le impresionó sobremanera la rapidez y la eficacia con que el presidente ruso Boris Yeltsin transaccionó su relevo con un entonces oscuro y desconocido pero fiel funcionario de su entorno, Vladimir Putin, y lo convirtió tan sólo en cinco meses, mediante el feliz hallazgo de un eslogan y de unos archiprobados métodos antiterroristas que le brindó la coyuntura chechena, en un popular y creíble candidato que acabó imponiéndose con suma facilidad en las urnas.

Pujol, en el pasado, había aludido en varias ocasiones de una manera significativa a su sucesión. Pero su inquietud no iba precisamente en esa dirección y no se dio ninguna prisa por elegir a su delfín. Todo lo contrario: siempre trató de demorar la discusión y neutralizar los movimientos en torno a una eventual operación de su relevo. Y lo hizo en algunas ocasiones sin rehuir durísimos enfrentamientos. Nombres como Ramon Trías Fargas, Miquel Roca, Macià Alavedra, Josep Maria Cullerell o Joan Maria Pujals —e incluso, en otra jugada colateral, Joan Rigol—, fueron apartados, descabalgados o sacrificados en aras de su estrategia de calendario. En una ocasión me describió su

planteamiento con mucha claridad. Fue en el restaurante del hotel Barajas, próximo al aeropuerto de Madrid, poco después de la batalla por el control de su partido, Convergència Democràtica de Catalunya, librada con Miquel Roca, en 1990. Pujol exhibía cierto interés en airear la estrategia para alargar su relevo.

Aquel día de finales de noviembre un político inglés desconocido, hijo de unos trapezistas de circo, llamado John Major, acababa de suceder contra todo pronóstico a Margaret Hilda Thatcher, que había dimitido tras una semana de grandes debates e incertidumbres en la cúpula del Partido Conservador británico. Obviamente era la gran noticia de la jornada. Pujol quiso tomar el análisis de aquel relevo —que parecía de tan difícil ejecución, por la acusada personalidad de la “dama de hierro”, pero que se resolvió con un par de votaciones—, como ejemplo de lo que debería ocurrir un día con su propia sucesión.

—¿Lo ve usted? —me espetó en aquella mesa frugal, y poco iluminada, al fondo del comedor— Tanto miedo y tanta crisis, pero los ingleses ya han resuelto su problema con dos votaciones y tres candidatos.

Hizo una pausa y me preguntó:

—Oiga, ¿es verdad que los padres de este John Major trabajaban en un circo?

Pujol, como mediano burgués, ha heredado los convencionalismos de su clase y suele conceder demasiada importancia al origen y la situación familiar, al pedigrí económico y al estatus social de la gente. Le repuse que eso afirmaban las crónicas y que precisamente por ello resultaba atractivo para cierto electorado inglés. El presidente volvió de nuevo a buscar un paralelismo con la política catalana y confesó abiertamente que, en aquel momento, acariciaba la intención de situar a unos pocos delfines jóvenes para que, en su día, eso sí, cuanto más lejano mejor, se disputaran su sucesión.

—Cuando llegue la hora —dijo como si toda la lucubración quedase realmente muy lejos—, ya se arreglarán. Se lo disputarán entre ellos. Yo voy a limitarme a colocar a tres o cuatro jóvenes... en lugares que les den la posibilidad de jugar sus bazas. Otra cosa no debo ni puedo hacer.

Pujol y su familia han consagrado muchas energías durante sus últimas legislaturas para llevar a la práctica este designio, seleccionando y favoreciendo a unos, y desbancando laboriosamente a otros. Lo que no me confesaba, porque no podía hacerlo, era que de este modo, con la estratagema de futuro para “colocar a tres o cuatro jóvenes” en la parrilla de salida para el relevo, situaba su sucesión en el horizonte de otra generación y podía ir eliminando por el camino a cualquier “números dos” que pudiera ir alzándose como alternativa a su liderazgo que, por otra parte, era indiscutible.

En el marco de Presidència, pronto hizo su aparición un *mosso d'esquadra*, Sergi Loughney, que inmediatamente sería llamado a misiones mucho más altas, a tenor de los nobles materiales y sistemas de construcción con los que edificaba Pujol su círculo de lealtades. Sergi, como su padre en la selección irlandesa, había sido capitán durante muchos años de la selección catalana y española de rugby. En el FC Barcelona jugó con el hijo mayor del presidente, Jordi Pujol Ferrusola, con quien trabó una sólida relación que le facilitaría el acceso al cuerpo de la policía autonómica, y de ahí al servicio de los escoltas personales del presidente, de donde saltó al departamento de Ceremonial para convertirse finalmente en jefe de protocolo de Presidència. La procedencia no es baladí porque Sergi, muy intuitivo, noble y de buena madera como hombre del rugby, y con una cierta facilidad para los idiomas, reforzaría su autoridad al amparo de la confianza con que la familia recompensaba sus servicios. Entonces

creó una unidad de enlace entre seguridad y protocolo, y al integrar en su propio equipo a un buen puñado de escoltas —de hecho, todos los hombres del protocolo fueron en aquella época agentes de la policía autonómica—, auspició en torno a Pujol la formación de un anillo a la medida exacta de lo que requería el presidente: un servicio disciplinado y permanente, de obediencia ciega, capaz de lanzarse a ejecutar sin rechistar, con absoluta discreción y fidelidad, cualquier misión encomendada, por caprichosa que pareciera, inclusive por su horario y naturaleza.

Un jefe de protocolo de corte más tradicional y académico, formado en la exquisita negociación de los detalles, familiarizado con la rotunda persuasión de la lógica, adaptado al escrupuloso cumplimiento de las normas y convenios establecidos, ni hubiera resultado útil a lo que Prenafeta denominaría el “caballo cojo” de Pujol ni hubiera conseguido ni la tercera parte de los éxitos que puede apuntarse Sergi Loughney en beneficio protocolario del presidente de la Generalitat. Si el protocolo es “la expresión plástica del poder”, acaso la única frase de Tarradellas que solía citar Pujol, Sergi contribuyó a fabricar el molde que se adecuaba al nuevo arte presidencial. Téngase muy en cuenta que, para Pujol, Cataluña no tiene fácil homologación ni en el marco del Estado ni en el ámbito internacional. En el orden interno, los problemas de protocolo con el Gobierno central, en la primera época, fueron constantes y de todo tipo: desde las dificultades más primarias para asistir a los actos oficiales hasta el revuelo fraguado por Lluís Reverter en el Palau de Pedralbes de Barcelona para evitar que el líder soviético Mijail Gorbachov, en una visita que efectuó a la ciudad condal, pudiera entrevistarse con el presidente de la Generalitat.

Lluís Reverter, que hoy ocupa un alto cargo en “la Caixa”, sería la mano derecha de Narcís Serra cuando éste fue alcalde de Barcelona y después ministro de Defensa y

vicepresidente del Gobierno. En unas declaraciones a Blai Felip, en *La Vanguardia*, recordó que en los años ochenta, desaparecido el orden del Estado que recogía el protocolo franquista, las relaciones entre las instituciones de Barcelona iban funcionando porque todo trataba de pactarse. Hasta que no se consolidó el nuevo protocolo, “el desorden era tal que desde el Ayuntamiento o la Generalitat se enviaba a alguien de protocolo a ocupar las sillas unas horas antes de los actos para que Pujol o Serra no se quedaran sin butaca”.

Sergi, a tenor de ello, resistió las acometidas de la presión protocolaria del Estado y halló fórmulas imaginativas —por lo común, mediante la convincente demostración del hecho consumado— para superar los impedimentos y los palos que no cesaban de surgir entre las ruedas del aparato institucional del Gobierno catalán. En el exterior, fue capaz de atreverse a forzar constantemente hasta los límites de la prudencia consideraciones diplomáticas y usos internacionales para enaltecer la posición del presidente de la Generalitat de Cataluña, un nombre y un cargo que, en algunas latitudes del planeta, como bromeaba el propio Pujol, se confundía con una compañía de seguros o con un rango militar. Aún así, Pujol casi siempre fue tratado en la mayoría de los países que visitó con honores equivalentes a un jefe de Gobierno, pese a que ello se debiera a sutiles maniobras protocolarias o motivase en ocasiones furibundos forcejeos diplomáticos.

En esa guerra siempre estuvo Sergi, mintiendo como un diplomático eficaz, anticipándose a la jugada restrictiva del interlocutor o lanzador de turno, peleando en primera línea de todas las “melés” e incomprensiones, rompiendo formas y quebrantando reglamentos y convencionalismos, sin olvidarse de trajinar la bandera catalana en la maleta o en el botiquín para izarla de improviso en el primer mástil de

un aeropuerto. Se desempeñó la friolera de doce años como jefe de protocolo como si luciera aún el brazalete de la selección catalana de rugby. Al abandonar su cargo en 2001 —para ocupar la jefatura de Relaciones Institucionales y Comunicación del grupo InveramaCasinos de Cataluña, que preside Artur Suqué, un viejo aliado de Pujol—, le sustituyó para seguir la tradición un antiguo compañero en el cuerpo de Mossos d'Esquadra, Carles Fabró, que también había accedido al círculo iniciático siendo escolta del presidente.

Hay un abismo entre los veintitrés años que transcurren de 1980 al 2003 en muchos aspectos. Un abismo entre el Jordi Pujol que no recibía ningún apoyo de la Embajada española de París para poder usar la sala de autoridades del aeropuerto de Orly —y su jefe de protocolo tenía que engatusar a una funcionaria con un pañuelo de seda para que le abriera una puerta trasera—, y el Pujol acogido en Tokio como un viejo amigo por los emperadores del Japón. Del Pujol desdeñado por los socialistas y acosado por la presión del caso Banca Catalana al Pujol recibido como hombre de Estado por Helmut Kohl, Jacques Chirac y Romano Prodi en la gira de 1996-97 para formalizar su presentación ante los gobiernos europeos y la *city* londinense como el garante de la estabilidad política española. Del Pujol que, en 1980, al subir por primera vez los peldaños del Palau de la plaza de Sant Jaume con Lluís Prenafeta advertía con preocupación a su secretario general: “Ya ves, la Generalitat, de momento, somos tú y yo”, porque había que empezar a construirlo todo de nueva planta, al Pujol reclamado por el rey de Marruecos a la Conferencia Internacional de Casablanca para que apoyase el diálogo entre Europa y el mundo árabe.

Para edificar esa capacidad de proyección internacional, partiendo de una limitada facultad de actuación en el exterior, Pujol articuló una estrategia parecida en



arquitectura al diseño babilónico de un zigurat: superponer capa tras capa para ascender en círculos hasta la cumbre. No ha desdeñado ningún foro europeo, por modesto que pareciese, ninguna mesa redonda para el debate de las ideas, aunque tuviera para ello que viajar al confín del mundo, ninguna invitación académica o política para incorporarse a la reflexión comunitaria que ha envuelto la transformación europea y mundial de comienzos de este siglo. Movido por una enjundiosa curiosidad intelectual, ha buscado los centros y las personas que han inspirado o gestionado algunas de las ideas motrices de nuestra época. Por eso, el presidente catalán ha gozado de muy buena información en general sobre el horizonte y el día a día de la política europea y ha contado con un bagaje intelectual que ha sabido administrar para enriquecer su propio discurso político y actuar con dignidad en muy diversas tribunas internacionales.

Sin embargo, no había sido un estudiante brillante. Acabó la carrera de medicina con notas discretas, aceptables, con algunos sobresalientes, pero también con un par de suspensos. Una de las asignaturas suspendidas fue la química. Eso le permitió el hallazgo de refugiarse en esa nota cuando algún periodista le ha preguntado si consiguió tener “buena química” con José María Aznar.

—No lo sé —contestaba Pujol, para rehuir el conflicto mientras fue su aliado—. Nunca se me dio bien la química. ¡Hasta la química de los frascos suspendí en la carrera!

Salvo un paréntesis en unos laboratorios y las horas asignadas a la enfermería cuando estuvo en la cárcel de Torrero, en Zaragoza, el médico no ejerció su profesión porque se consagró muy pronto a la actividad empresarial y a la política. “Si caes enfermo, no te pongas en mis manos”, suele advertir a sus amigos. Pero siempre leyó mucho, de forma voraz y desordenada, desde la filosofía y la historia hasta la biografía y el ensayo político y sociológico. Sin

embargo, por encima de su formación académica, su tradicional curiosidad —a veces traducida en el fisgoneo que ya se entreveía en la pregunta sobre los padres de John Major—, su sorprendente capacidad de lectura para fagocitar ideas persiguiendo su propia síntesis doctrinal y, sobre todo, pese a la voluntad pedagógica con que ha armado y transmitido su ideario, Pujol no puede considerarse un intelectual aunque haya acariciado y flirteado constantemente con ese vestuario. Y ello ni en sentido puro ni en sentido figurado, por la evidente razón de que, como político de raza, marcado por un inequívoco pragmatismo, que Miquel Roca ha llegado a calificar como “pragmatismo compulsivo”, ni le seduce ni se encuentra cómodo con el pensamiento abstracto.

Pujol es capaz de afrontar un diálogo profundo muchas veces en el idioma y en el territorio conceptual marcado por Octavio Paz, Karl Popper, José Saramago, Vaclav Havel, Richard von Weizsacker, Edgar Morin, Jorge Semprún, Pierre Vilar, Mstislav Rostropovich, Paul Preston, Doris Lessing, Alain Touraine, Manuel Castells, Raymond Barre, J. K. Galbraight, Aranguren, Camdessus o Morita. Son ejemplos, por supuesto, auténticos. Pero no quiere ni le interesa asumir los contornos de un compromiso intelectual porque ello le obligaría a someter a revisión crítica incluso las ideas que le parecen válidas. El político no sabe moverse en la duda intelectual —otra cosa es la morosidad con que padece la resolución de los nombramientos en sus cambios de gobierno—, porque prefiere la contundencia de las certidumbres con independencia de su origen.

Al revés: el político, como conspicuo fabricante de proyectos y, si se quiere, al mismo tiempo, como hombre religioso, rebaja las aristas de los contornos para redondear la perfección de sus convicciones. Es decir, interpreta y reconstruye a su antojo, según su conveniencia, las lecciones de la historia, la intención de un

discurso o los párrafos favorables de una cita. Además, la poderosa carga de su formación humanista, basada en los valores del personalismo cristiano, le induce a combinar las ideas y la fe, buscar un equilibrio inverosímil entre la razón y el deseo, dar validez al diálogo entre la lógica y el pensamiento religioso, redondear los balances con el sentimiento e incluso tratar de poner de acuerdo a la historia y la mística. Ya se ve, por tanto, que Jordi Pujol elabora y administra una doctrina política, no un sistema filosófico, porque es un hombre de acción y de gobierno. Por todo ello relega la crítica, que normalmente le cuesta aceptar y utilizar como método, por la misma razón que tiende a magnificar el pragmatismo.

Pujol no parecía captar ninguna ironía cuando el escritor Valentí Puig, en una entrevista para *El País*, le plantea que se ha dicho de él, “tanto en términos meliorativos como peyorativos”, que es un príncipe-político que no necesita intelectuales, “porque él mismo asume al mismo tiempo la condición de príncipe y de intelectual”, y le acaba preguntando si es posible ser las dos cosas a la vez. Pujol, con toda candidez, contesta: “Sí, Prat de la Riba tenía bastante este equilibrio. Todo político, todo país y toda política necesitan pensamiento. Por tanto, necesitan hombres de pensamiento, hombres de ideas. Si de eso se dice intelectual, necesita, pues, intelectuales, ¿no?”

Dejando de lado la velada reticencia que esconde su respuesta hacia “eso que se dice intelectual”, Pujol reitera en esa entrevista su condición de discípulo de Raimon Galí, que le introdujo a la obra de Péguy, y que abominó furiosamente del movimiento intelectual europeo de los años veinte y treinta por sus frivolidades informalistas y surrealistas y por su compromiso político con el comunismo. Para Pujol, frente a la provocadora y aparente vacuidad de las vanguardias, “Péguy habla de Juana de Arco como alguien que, por su fe, está dispuesta a

sacrificar su persona”. Frente a la militancia comunista de los intelectuales de entreguerras, el político catalán toma también la bandera del indeterminismo de Bergson, “porque es la opción que representa la escuela de la libertad y de la responsabilidad”. Por eso, se sincera con Valentí Puig: “Oiga, entiéndame, viniendo de donde vengo, difícilmente puedo ser marxista.”

Su admirado maestro Raimon Galí, muy poco tiempo después, en octubre del 2000, se manifestaría en una entrevista de Jordi Gálvez para *La Vanguardia* muy reticente y hasta decepcionado con su antiguo discípulo, a quien le reprochaba “no haber sabido escoger bien a sus colaboradores —todo lo contrario que Prat de la Riba—”, y le criticaba con dureza por haber cometido “grandes errores”. En concreto, a sus 83 años, Galí le culpaba por haber aceptado una Constitución “unitaria” para España y de no haber luchado al menos por un Estado plurinacional. El reverenciado maestro era contundente: “No sirve de nada ir proclamando de vez en cuando que somos una nación cuando se ha aprobado una Constitución que dice que la única nación es España.” Incluso en el apartado de la sabiduría histórica, campo en el que Pujol ha gustado de exhibirse, Raimon Galí, el hombre que le introdujo a Jaume Vicens Vives, reconocía que Pujol tendrá un buen conocimiento de la historia, “pero no se la aplica, sólo cuando le conviene”.

Si su formación intelectual es atípica, a base de muchas lecturas superpuestas en las capas de una sorprendente memoria, atípico resulta también que uno de sus grandes maestros fuera precisamente este capitán del Ejército republicano. Con Galí, en los años cincuenta, compartió su devoción por el misticismo de Charles Péguy y por *El Pequeño Príncipe*, de Antoine de Saint-Exupéry, buscando apoyos personalistas en su oposición al materialismo dialéctico y al nihilismo de Sartre. Y con Galí convirtió en

una cruzada repleta de simbolismos geográficos y místicos catalanes la recomposición de la historia de Vicens Vives. Pero hubo una diferencia radical entre maestro y discípulo: Raimon Galí siempre se supo mucho más militar que intelectual.

En resumen, hay que convenir que a Pujol no le interesa el ejercicio intelectual en sí, sin aplicaciones concretas, porque no se encuentra cómodo ante la provocación (reniega constantemente de ella aunque sea como ejercicio dialéctico), y no acepta en ningún caso la transgresión, ni como juego, ni como método ni como riesgo personal. Al contrario: su concepción inspira seguridad y en su sistema no hay resquicio para la frivolidad, y difícilmente para el humor. En cambio, por su gran capacidad de integración y asimilación de conocimientos, y por la fuerza de sus convicciones, ha construido un ideario capaz de abarcar una concepción del mundo desde la afirmación del personalismo cristiano y del nacionalismo catalán. A causa de esta abigarrada acumulación de elementos tan dispares y su expresión intencionadamente populista, Salvador Pániker le ha definido como “un político pedagogo” y, con un punto de crueldad intelectual, ha dicho que “Pujol sigue siendo un predicador cristiano, mezcla de ideas idealistas y de tendero de barrio”.

Carles Duarte, haciendo un esfuerzo de aproximación sin duda más cariñoso, ha resumido en tres nombres las bases del ideario político de Pujol, por la influencia que tienen en el origen de la formación de su nacionalismo, humanismo cristiano y europeísmo: el pensador alemán Herder (1744-1803), que le hizo valorar la importancia de la lengua, la cultura y la identidad propia; el filósofo francés Emmanuel Mounier (1905-1950), donde encuentra la persona como valor prioritario en el marco del humanismo cristiano; y un conde austríaco cuyo nombre nos resulta hoy un tanto exótico pero que fue uno de los primeros defensores de la

Unión Europea avanzándose casi ochenta años al Tratado de Maastricht: Richard Nikolaus Coudenhove-Kalergi (1894-1972), del que Pujol leyó en plena juventud su obra *Panuropea. Hacia los Estados Unidos de Europa* y por cuya influencia se ha declarado “un europeísta utópico”.

El propio Pujol ha reconocido, además, muchas influencias en su formación, desde Goethe, por su lírica romántica y su exuberancia germánica; Hume, uno de los padres del pensamiento político europeo; Maritain, por su humanismo integral y religioso y la búsqueda del equilibrio, hasta la exaltación catalanista que inicia la *Renaixença* y los tres precursores del *Noucentisme* —Verdaguer, Guimerà y Maragall—, pasando por el Eugeni d’Ors de la primera etapa y, sobre todo, Prat de la Riba, Rovira i Virgili, Sagarra y Espriu. Los historiadores completan el cuadro: de Arnold Toynbee a Pierre Vilar y de Soldevila a Vicens Vives.

Por casualidad, el primer encargo que me pidió Pujol cuando me incorporé a la Generalitat estuvo relacionado con aquel conde austríaco, de nombre tan cacofónico, que le contagié su primer europeísmo. El presidente me hizo llamar por Carmen Alcoriza. Mi despacho estaba situado exactamente encima del suyo. Mientras bajaba al Saló de Sant Jordi y cruzaba la Galeria Gòtica, tratando de respirar profundamente para imbuirme de la atmósfera histórica que impregna aquellas paredes, desde el artesonado hasta las gárgolas, me dije que la cita tan puntual presagiaba un buen comienzo para establecer las pautas de nuestra comunicación. Llamé a la puerta de su despacho y entré.

El presidente estaba sentado a su mesa, escribiendo unas notas y, sin levantar la cabeza, me tendió un papel. Me acerqué, lo tomé y lo leí. Sólo había escrito un nombre en mitad de la hoja: “Coudenhove-Kalergi.” Francamente, me alegré de que no hubiera levantado la cabeza para no ver la cara de estúpido que se me puso. ¿Qué significaba aquello?